



Interior del Albergue Vishente.

Foto J. Uria



El popular Vishente.

# LA FAMILIA AYERBE Y EL ALBERGUE "VISHENTE", EN AMEZQUETA

Hoy, una vez más, me ha sorprendido el amanecer camino de Aralar. Después de batir al sprint, en la estación de Alegría, a un grupo de adormilados montañeros, he conseguido un hueco en el autobús de Ignacio Zubeldia, el popular correo de Amézqueta.

En la carretera, el paso del supercargado autobús ha sido acogido con sonrisas por los endomingados casheros que se dirigían a sus parroquias a cumplir con sus deberes religiosos.

Nuestra entrada en la pequeña Chamonix del Aralar guipuzcoano constituye la alegre y bulliciosa alborada montañera que todos los días festivos rompe por breves momentos la paz secular de la aldea.

Al llegar a una pequeña plazoleta, a mitad de camino entre la plaza de Fernando Ametzketarra y la Iglesia, penetramos la mayor parte de los excursionistas en un macizo caserón del siglo XVIII, en el cual está instalado el albergue VISHENTE de la F. E. M.

A mano izquierda del amplio zaguán, una pequeña puerta permite el acceso al espacioso bar-comedor del albergue. Escudos de sociedades montañeras, mapas, anuncios de estaciones deportivas, cuadros de montaña, etc., adornan las paredes del local y más de medio centenar de montañeros, con sus respectivas impedimentas, lo ocupan en toda regla. Detrás del mostrador, con aires de gran barman, Jose Artola se dedica a servir a un bullicioso grupo. María Ayerbe, su etxecoandre, trajina incansable, del comedor a la cocina y de la cocina al comedor, sirviendo desayunos.

Atravieso el local y penetro en la cocina. Allí está D. Miguel Ayerbe, el patriarca de esta hospitalaria familia, que, a pesar de sus 83 años, ha madrugado como todos los domingos para saludar a sus amigos montañeros. Mientras charlo con él nace un gran alboroto en el bar-comedor. Me asomo a la puerta de comunicación y confirmo mis sospechas. El causante de la algarabía es Vishente Ayerbe, el hombre bueno que acaba de llegar de misa y quiere saludar a todos a la vez. Con un

dinamismo terrible se dedica a estrechar manos y repartir abrazos. De pronto, se para ante un montañero y su cara de rasgos infantiles adquiere un gesto en él característico. Todo él es una interrogación. Al momento exclama:

— ¡A tí no te conozco! ¡Tú no has estado antes aquí!

Y sin un segundo de reposo, le somete a un verdadero interrogatorio. Cuando éste termina, en su prodigiosa memoria —verdadero archivo del montañismo regional— han quedado grabados todos los datos concernientes al nuevo amigo.

Sigue saludando a los que van llegando y en cuanto encuentra un momento de respiro se va al bar, saca sus álbunes de fotografías y su libro de firmas, se acerca al novato y le hace estampar su firma al mismo tiempo que le pide una foto suya para el nuevo álbum que le están haciendo.

En el albergue VISHENTE el ambiente es tan grato y acogedor que se hace cuesta arriba el abandonarlo. No obstante, la montaña nos reclama y poco a poco los montañeros se van despidiendo hasta la noche.

Al cabo de un rato, solamente quedamos rezagados tres jóvenes escaladores y yo. Vishente, al verles manipular con sus cuerdas, clavijas y mosquetones, pone cara triste. No tarda un minuto en comenzar a aconsejarles que anden con cuidado y que sean prudentes. Los imberbes escaladores se ríen de los temores de Vishente y le llaman miedoso.

Cuán lejos están ellos de conocer el valor callado y varonil del bueno de Vishente, como lo ha demostrado tener cuando ha sido necesario.

A Vishente no le gusta alardear de sus hazañas. Su modestia no se lo permite.

Las imprudentes bromas de los jóvenes escaladores me hacen recordar aquella noche invernal del año 45, en que un montañero donostiarra se accidentó en el camino de las minas. Su compañero necesitó de todas sus energías para poderlo arrastrar hasta la borda más cercana y descender a Amézqueta en

busca de socorro. Su solicitud sólo fué atendida por el modesto Vishente y un vecino suyo, Sebastián de nombre, quienes, a pesar de lo avanzado de la noche, se lanzaron por los peligrosos caminos de la montaña cubiertos por la nieve y atravesando con agua hasta el pecho las turbulentas aguas del torrente que baja por el barranco de Arritzaga, rescataron al accidentado y lo bajaron sobre sus hombros hasta el pueblo.

Al fin se marchan los escaladores y quedo solo con la familia Ayerbe. Mi objetivo de hoy está cerca y tengo tiempo para hacer una pequeña entrevista a Vishente con destino a PYRENAICA.

Acompañado por él, voy recorriendo las dependencias del albergue. Al terminar el recorrido comienza el interrogatorio.

—¿Hace mucho que vienen los montañeros a vuestra casa?

—Sí. Comenzaron a venir cuando pusimos el bar, en el año 41.

—¿A quién se le ocurrió la idea de convertir esto en albergue de montaña?

—Hacia el año 1952, nosotros queríamos dejar el bar, pero no queríamos abandonar a los montañeros. Expusimos el caso a algunos de los montañeros con los que más confianza teníamos: Mendiburu, Ondarra... Estos hablaron con el entonces Subdelegado en Guipúzcoa de Montañismo. Un día vinieron Ondarra y Peciña —a este último no lo conocíamos— acompañados de Alvaro Marta y José Mari Tellería. Charlamos largo y tendido del asunto y al final quedamos de acuerdo en que cerraríamos el bar y destinaríamos parte de los locales de la planta baja y un piso que teníamos desocupado a albergue de montañismo, sin compromiso de arrendamiento, ya que no cobraríamos nada por el uso de ellos a la F. E. M.

—¿Cuándo se inauguró el albergue?

—Oficialmente, el día 19 de Octubre de 1952. Presidió el acto el pobre José Mari Peciña, que tan triste fin tuvo en los Alpes, y acudieron una comisión del Ayuntamiento de la Villa y representantes de gran número de sociedades montañeras de la región.

—¿Quiénes se han encargado de la buena marcha del refugio?

—Al principio José Mari Peciña. A su muerte, Juanito Mendiburu y Ondarra. Ellos se han encargado de gestionar en la Delega-

ción Regional de Montañismo la concesión de dinero para la compra de muebles, botiquín, etc. Son, también, ellos los que se encargan de todo lo relacionado con el refugio.

—¿Qué precio se cobra por noche y cama?

—Cinco pesetas, de las cuales la mayor parte se destinan a mejoras de la instalación.

—¿De qué zonas vienen más montañeros al albergue?

—De San Sebastián y Tolosa. La mayor parte de los que vienen son de Guipúzcoa, pero en el libro de firmas podrás ver nombres de montañeros navarros, alaveses, vizcaínos, madrileños y aún extranjeros. Un día nos visitó D. Angel Sopeña y nos prometió que volvería. Esperamos que venga pronto para poder enseñarle las reformas que se han hecho.

La entrevista ha terminado. Me despido de toda la familia y marcho hacia las Malloas. En el camino voy pensando que, en la familia Ayerbe y en el albergue VISHENTE tenemos todos los montañeros una familia y un hogar dispuestos, en todo momento, a recibirnos y prestarnos toda clase de ayudas y atenciones, tanto a la ida como al regreso de nuestras excursiones por las cumbres y los caminos de Aralar.

No por cientos sino por miles hay que contar el número de montañeros que todos los años desfilan por el albergue VISHENTE y son atendidos por la familia Ayerbe.

Los montañeros de la Delegación Vasco-Navarra tenemos contraída una deuda de gratitud con la familia Ayerbe. Creo que serán muchos los montañeros que al igual que yo creen que esta hospitalaria familia y especialmente Vishente son dignos de una distinción por parte de la Federación Española de Montañismo. Como final de estas notas me permito solicitar de nuestro Delegado Regional, D. Angel Sopeña, que en vista de los méritos que concurren en D. Vicente Ayerbe, como colaborador de la F. E. M., proponga en la Federación Nacional que le sea concedido uno de los galardones nacionales a la colaboración con el montañismo cuando se concedan las Medallas Deportivas de Montañismo de 1955. Creo que serán muchos los montañeros y entidades que se adhieran a mi solicitud.

AMÁN

Del Tolosa C. F.